

CONVERSACIÓN CON UN HOMBRE SILENCIOSO

José Prats Sariol

*“No es un discurso lo que oímos
en esta conversación, sino el sonido
de las cosas y su movimiento:*

el otro hombre, un monstruo azul turquesa que nos ronda”.

Wallace Stevens.

“Turquesa” —se dijo para saber el color de la hora, cuando sólo iba un brochazo naranja por el horizonte. “Azul turquesa” —pensó Rodobaldo mientras trotaba acompasadamente y las arenas de Varadero también adquirirían el matiz, la vertiginosidad del pensamiento, del asedio porque restaban unas horas para decidir y la semana había corrido sin abocarlo. “Un monstruo azul turquesa” —reflexionó, como si el tiempo fuera Lena y lo amenazara con una doble hilera de dientes.

La carrera le sudaba hasta el escozor salobre en los ojos y la pegajosidad de la tela azul, del trote como un discurso húmedo y silencioso. Y Rodobaldo volvía a Lena sin perder el ritmo. La respiración abdominal, aprendida cuando era estudiante de pintura en la Academia de San Alejandro, ayudaba a evitar los desasosiegos. Pero hoy expiraba la reservación del hotel y no podía alejar a Lena, a la mordedura, al cuerpo restregándose contra el de Luis en la pista del Capri.

Entre paso y paso reconstruía los sucesos salobres, hiriéndole a partir del baile. Rodobaldo iba hasta la pista por la derecha, después de excusarse con la mujer de Luis. Sus ojos, desarrollando una rara intuición, lo llevaron detrás de la primera mesa, casi al lado de la orquesta. Pegado a los boleros de miel pudo observar que a Luis se le perdían los brazos por la cintura, atrayéndola entre compases cadenciosos. Y no ver más. Regresar con el desgarrón convertido en falta de aire, en

ron y ron hasta que Luis, aconsejado por Lena y María, decidió pedir la cuenta, llevarlos a casa.

Miraba indistintamente hacia la arena y el horizonte, pero veía el Instituto de Planificación Física, comprobaba que Lena y Luis iban a inspeccionar la ubicación de una obra y se refugiaban en el apartamento de Almendares, cuando supuestamente él se encontraba en el Taller de Grabado de la Plaza de la Catedral y no junto al flamboyán de la esquina. De nuevo salía Luis, suelto y rápido, mientras Lena quedaba lista a las apariencias de un regreso del trabajo o del mercado paralelo, a esperar como si no hubiese enconado las heridas.... Lena esposa o arco tirando preguntas de si adelantó la serigrafía o de si estuvo peor el almuerzo o del contrato con el Fondo de Bienes Culturales. Lena quejándose de los precios y diciendo que prepararía un arroz con calamares entintados. “Entintados” —pensó.

Cada pie sobre la arena turquesa dejaba un tajo, como si los granos se transformaran en ácidos o vidrios, en millones de puntillas. Rodobaldo recibía las dentelladas sin cambiar el paso, extenuándose a ver si bajaban las angustias y mantenía una serenidad que favoreciera la decisión. Los recuerdos eran ratones, lo mordisqueaban sin respiro el día antes de haber llamado a la oficina y salir a su inspección. Eran detalles de Lena atendándolo a la mesa, al televisor, a la cama donde la escena de la pista perdía filo. Hasta el despertar acaracolado, con los agujijones aún durmiendo, aletargados por los hábitos del matrimonio. “Lena” —dijo, enterrándose un punzón de besos fal-

sificados. “¿ El amor?” —se preguntó, y el brochazo naranja del atardecer parecía una llaga en el horizonte azuloso.

Continuaba la marcha y el sexo era un colgajo bamboleante, sin sostén, tan humillado como cuando subió al apartamento y se enfrentó a Lena con los alfileres hincados entre las piernas. Inútil como en el recibidor del hotel, cuando se dio cuenta que la muchacha rubia no le había pedido el salero por gusto, que a la salida del comedor se entretenía esperando un pretexto de conversación, quizás pensando que él fuese extranjero, con muchos dólares; esperando un paseo por los arrecifes que dan a la bahía de Cárdenas para después quién sabe en cuál habitación ayuntarse en memoria de su trotar vespertino. Rodobaldo cosía las heridas y cada puntada en la memoria era una frase en el cuarto, sin gritar, para que los vecinos no masticaran la humillación entre burlas, no hicieran la tarde con el chisme. Y veía a Lena sin ensartar mentiras, admitiendo lo de Luis como quien dice que fue al museo, aceptando desde un rincón, temiendo desatar más violencia.

Rodobaldo bordeó a una adolescente acostada boca abajo que miraba hacia el oleaje blanquecino. Ni siquiera le tiró la vista a las nalgas que parecían saltar de la telita roja. Ante la pregunta de por qué no se lo había dicho y así él hubiera recogido, vuelto donde los viejos, Lena sólo murmuró que no estaba segura de nada, que no sabía...Y ahí le alzó la voz quebrada por las in-

certidumbres, por la encrucijada. Los pasos de Rodobaldo, como ante el silencio de los matrimonios donde nunca afloran los deseos insatisfechos porque la vida se haría más cruda, se fueron para las luchas cotidianas en las colas de las tiendas y cafeterías, en los ómnibus atestados, en la espera del cobro, en el trabajo rebosante de reuniones y reuniones. Pero Lena seguía cortando a cuchillo cada intento por generalizar, por adormecer las angustias turquesas. Y cada zancada abría arañazos, colocaba banderillas en la arena del discurso silencioso, como cuando leyó *La insostenible levedad del ser* de Milán Kundera y las analogías le amargaron aquel fin de semana.

Rodobaldo desempolvaba la maleta que le vendieron cuando el viaje a la Unión Soviética, la caja del televisor Caribe para meter pinceles y tubos de óleo y libros, sin acomodarlos porque el llanto de Lena sobre la cama lo impulsaba a concluir lo antes posible con sus pertenencias. El sonido de las cosas cayendo en la maleta y en la caja rompía el murmullo, los hipos, los gemidos de Lena. Sorteaba los guijarros, pero las picas de una posible venganza no se iban de los costados, le sugerían hablar con María de que su marido era un mierda capaz de levantarle la mujer a un amigo; llamar a Luis y citarlo para el Bosque de la Habana o el parque Lenin, a resolver en vivo y a lo que fuera entre sus manos rompiéndole los testículos, los dientes. Arrastrar a Lena hasta la calle, a esperar que el patrullero los condujera a la estación de policía, al acta del escarnio, de la violencia que no pudo contener porque el tarrudo es el que sabe y aguanta, no quien se entera

y resuelve, liquida la cuenta. Como si proviniera de otro hombre, la agresividad logró apurar el paso, la respiración. Rodobaldo pensaba que acelerar los movimientos le impediría llegar hasta el Hotel Internacional, completar los casi cinco kilómetros que cada tarde corría antes de volver a su hotel, a prepararse hoy para el retorno a la Habana. “La Habana” —murmuró. Y el falso argumento que relaciona prostitución a gran ciudad renació mellando las navajas de Lena, la pérdida de trozar el matrimonio como pan viejo, el vicio de la aventura por el monstruo habanero. Poco a poco retornó a una cadencia soportable mientras de nuevo se veía con la maleta y la caja listas, sin despedirse.

Rodobaldo avanzaba sobre su memoria, abría la cicatriz turquesa para encallar los prejuicios y aprensiones cuando Lena lo llamó por teléfono y se citaron en el parque de Víctor Hugo, cerca de la heladería Coppelia, la noche antes de venir a Varadero, cuando habían pasado cinco o seis días desde que recogiera para la casa de los viejos y Lena le rogó verse, oírla un rato, por los cientos de recuerdos agolpados.

Respiraba con el abdomen y volvía a sentarse allí, en el banco del parque, mientras el brochazo de naranjas se empequeñecía detrás del oleaje. “La nostalgia” —se dijo. Y la sintió inconclusa, tomando cuerpo de gaviota o de alcatraz, desplomándose sobre el mar. “La nostalgia” —se repitió al verla revolotear irascible, asfixiarse por allá dentro y luchar por seguir aleteando confusa.

Y era Lena cuando se hicieron novios o cuando por primera vez estuvieron de vértigos y caricias. Lena a la intemperie del cuento, perpleja, con los dientes creciéndole ante el estupor azulino. “¿La nostalgia?” —se preguntó para intentar definir qué era la mezcla turquesa de regreso y rabia, de un agobio que el trote no sofocaría porque cada metro sangraba por una anécdota o por alguna truculencia en la ducha, por un regalo de cumpleaños o por algún chiste político compartido sigilosamente... La nostalgia, por fin la sintió como una desgarradura imposible de sanar porque dejaría de ser Rodobaldo; porque Lena se transformaba en ráfagas, en cuerdas sin deshilarse, con otros clamores tejiendo las grietas. Aquellos instantes de celar y romper eran una ronda de azotes al borde de la resaca, de Lena que seguía cayendo sin tregua, temblando azulosa. “No podré quitármela” —pensó.

Las palabras en el parque le rodaban dentro de las gotas de sudor. Otra vez la oía decir que Luis cuando se enteró lo había tomado como un acontecimiento inevitable, que mejor se hubiera solucionado con una conversación entre hombres, sin tapujos; que Luis le confesó la decisión de acabar con su matrimonio, desaparecer de aquella María donde nada podría restaurarse, donde la demolición definitiva era la única posibilidad de seguir viviendo; que Luis se había alegrado de la rapidez con que los sucesos corrieron, a pesar de lo que era o parecía ser una traición y no tener otro sentido que el azar enamorando, torciendo el camino que ahora disfrutarían juntos,

arrancando de cero, como si María y Rodobaldo fueran gente extraña, desconocida siempre. Así le contaba Lena y añadía que le ofreció casarse, esperar el papel del divorcio para el estreno burocrático de aquel azar, sin las vejaciones de sentirse ladrón porque el inicio salobre se borraría en las pesadillas de la infancia.

Y Lena, a su lado, le agregaba lo más sorprendente: la inesperada confesión que le martilló la semana y se hundía ahora en el color del atardecer contra la rapidez de los pensamientos. “Un monstruo azul turquesa” —volvió a decir Rodobaldo, como si fuera el único modo de encarnar al tiempo por la playa que se iba bajo los pies, como si la doble hilera de dientes se clavara con más fuerza en los tendones y la boca de Lena lo esperara al final del trayecto, lista a engullir cada una de las variantes que había resollado durante la semana. De nuevo sentía Rodobaldo el mordisquear de la taza de café con leche del desayuno, de la casa sobre la piel irritada. La decisión era el ruido de la llave del lavabo con la garraspera de la zapatilla vencida, los muelles del colchón cuando ella galopaba sobre sus muslos.

Corría los últimos cien metros y las sorpresas de Lena retornaban a sus oídos en el parque, marchaban a su lado. Le decía que cuando Luis comenzó a enamorarla en el trabajo lo tomó desde la coquetería. Un halago que no venía mal después que el espejo comienza a mostrar unas leves líneas en las sienes. Un cumplido alimentado por ocho o diez horas diarias entre proyectos y

visitas a obras, por criterios comunes sobre urbanismo y diseño, por asambleas donde se unían para defender vanamente nuevos modos de mejorar la eficiencia, las calidades de las construcciones contra órdenes, planes, metas que parecían caídas del cielo, bajadas del Olimpo. Le decía que al mismo tiempo él se fue sumergiendo en una de sus crisis con el lienzo imposible de pintar, en agresividades ridículas, silencios e indiferencias que sentía como si ella fuese un aditamento, una costumbre a la que no renunciaba por comodidad y abulia, por miedo. Le decía que entonces sobrevino la salida al Cabaret Capri, la desesperación de Luis por ella y su curiosidad ante un cambio, una manera de romper la rutina y las agresiones venáticas y la falta de sorpresas. Y también algo de gusto hacia el hombre enloquecido que le mandaba cartas adolescentes... Le decía que la tarde en que los sorprendió fue la primera, pero tras el rompimiento habían vuelto cuatro o cinco veces, en el apartamento y en Hotel Mar Azul de Santa María durante el fin de semana, ensayándose, probando a ver si el proyecto era como el trabajo en Planificación Física. Hasta ayer, cuando Luis decidió no esperar más y le contó a María, se despidió del hijo, recogió como él y se mudó al apartamento, a convivir aunque el papel del divorcio demorase.

Rodobaldo y Lena iban por el discurso silencioso. Ella abría las sorpresas: confesaba no saber cuál de los dos le tintineaba de verdad, y hasta confusiones de nombres agriándole a Luis la risa o el abrazo sin que las excusas logaran otra cosa que ulcerar los minutos, prolongarse horas

como una hipoteca. Le contaba que a cada rato surgía algún recuerdo, y aunque tratara de sacudirlo retornaba sutilmente en un detalle sobre el cual nunca había reparado, en un gesto de alegría o fastidio. Le decía que la situación era, tenía que ser transitoria, inevitable tras el tiempo.

Trotaban las palabras de la confesión hasta el horizonte turquesa, hasta el punto más insólito, como los aguaceros de enero que rompen un día soleado con sus vientos norteños. Lena llegaba a la cúspide azulosa, rondaba el delirio, le pedía estar juntos, aunque fuera una sola vez. Y Rodobaldo se veía de nuevo en el parque de Víctor Hugo sin saber qué hacer ante la petición que se movía como un monstruo entre lo absurdo y lo inmoral. “¿Lo inmoral?” —se preguntó ahora, cuando hinchaba el abdomen para aspirar el aire yodado. Y las palabras silenciosas de Lena avanzaban hacia el final de la conversación, a su risa despectiva y nerviosa frente a la desolación de aquella cara absurda, frente al desamparo que era tan cierto como el atardecer. Y Rodobaldo oía de su insomnio sin que los psicofármacos pudieran desbaratarlo, darle un poco de calma cuando razonaba la situación y trataba de verla como la vejez, la nada, el sin sentido aparente o real que tenía la petición imprevista, el ruego que de consumarse abriría cráteres, temblores, otro ciclón.

Los jadeos se hermanaban a los del parque, a la reacción de odio y furia. “Putá” —volvía a decirle Rodobaldo en medio de un esfuerzo enorme por no perder la cadencia de las piernas, por

evitar que la rabia también tomara la carrera. Pero sabía que hoy la lasitud, el espejismo de cada kilómetro recorrido, se convertiría en la terminal de ómnibus de La Habana, lista a bajar el ruego, el esguince, el derrame del líquido sinovial que lo bañaba de humores verdosos. Tragaba en seco la reacción agresiva. Sentía el jadeo en el parque como si lo convirtiera en un monstruo, en otro hombre cuyos escrúpulos saltaran hacia el tragante de la calle, a mezclarse con los detritus y las ratas, a sentarse al lado de Lena, de Lena que goteaba en el parque de Víctor Hugo una novela rosa.

Próximo a la meta se preguntó qué le había dicho, para que ningún matiz se le escapara por la arena. Y recordó como después de un largo silencio prometió pensarlo, le contó que se iba a la mañana siguiente para Varadero, a desconectar la turbonada que se había formado de ahora para luego, a serenamente pensar las cosas y su movimiento durante una semana en el hotel cuya reservación le había resuelto un amigo pintor. Pero también recordó la promesa final: la respuesta que tendría que dar al ruego cuando llegara, a las diez de la noche de hoy, en el mismo banco del parque. Y la arena tuvo otra vez espinas, cuchillas tasajeándole los pies, lacerando la decisión que se abocaba con prejuicios, colmillos, deseos que hervían con las brasas de cinco años y de las últimas semanas. Los cien metros finales fueron saltando inexorables. Rodobaldo iba dando forma a la decisión. La veía delante, tan sencilla que era increíble no haberla tomado durante la semana,

deportivamente. Lena oiría la aceptación: él también deseaba revolcarse como novios y conversar después, en paz y caricias, asombros para retornar a un lienzo en blanco. Lena debía comprender que lo triste era regresar al pasado porque ni uno ni otro estaba seguro, porque quizás volvieran los engaños y furias. Lena podría seguir con Luis, esperar el divorcio y casarse con aquel hombre que abandonara a su familia. Ellos se encontrarían de vez en cuando por ahí, con la emoción de alguna escapada bien urdida, en casa de los viejos, en alguna posada, tantas veces como el deseo y las circunstancias fuesen propicios. Y serían encuentros sin sombras oscureciendo los colores, sin mentiras ensuciando la tela.

“Perfecto” —se dijo cuando estaba a dos pasos de concluir la carrera y ya se había borrado el brochazo naranja del horizonte. “Perfecto” —se repitió Rodobaldo para comprobar que era la solución exacta, el premio a la semana de ejercicios. Entonces fue deteniéndose poco a poco, alzando los brazos para ayudar a la respiración abdominal que le sosegaría antes de regresar a bañarse, liquidar la cuenta, salir para La Habana, llegar al parque de Víctor Hugo. Cuando por fin se detuvo sintió la dentadura de Lena, la doble hilera como una risa despejando la ronda de preocupaciones, de monstruos turquesas.